

Con justo orgullo podemos oponer los escritos del antiguo monje Otfriedo de Weissemburgo á nuestra moderna literatura antipatriótica. También él, como lo hacían todos en la Edad Media, respeta á los antiguos romanos y griegos; pero estima más á sus francos. «Tienen el mismo espíritu que los anteriores, intrépidos en la montaña y en la llanura, todos sin excepción son heroicos guerreros; viven en un país excelente, que produce muchas cosas muy buenas; cobre, bronce, hierro, plata y oro». (1) Más armonioso y más consolador es el eco de sus palabras, que lo que piensan y dicen de su patria Lessing y Schopenhauer.

Según San Agustín, una de las pruebas más fuertes por que puede pasar el hombre es la necesidad de dejar la patria; sólo el espíritu de fe puede darle fuerzas para semejante sacrificio. (2) Según el monje de la Edad Media, comentador de la Biblia, la misma naturaleza del hombre le enseña á amar á la patria, haciéndole conocer las incomparables dulzuras del país natal.

Luego si así es, y en verdad que es así, han renunciado en este punto á la naturaleza Goethe y todo el coro de nuestros clásicos con escasas y honrosas excepciones. Sí, es algo contra la naturaleza la tendencia del Humanismo, que anima nuestra literatura; es más, es un atentado contra todo sentimiento verdaderamente humano y natural. La naturaleza noble y purificada no se halla sino en el concepto cristiano del mundo, que fué el único que introdujo en el código sálico estas admirables palabras: «El pueblo de los francos es un gran pueblo; Dios lo hizo con sus propias manos; es bravo en la guerra, firme en los consejos, leal y fiel en los tratados. ¡Viva Dios que ama á los francos! Proteja Cristo su reino; llene de la luz de su gracia á los que lo gobiernan, proteja sus ejércitos, les dé fe robusta, días de paz y tiempos prósperos. ¡Concédales todo esto la bondad de nuestro Maestro y Señor Jesucristo!» (3)

(1) Otfried, *Evangelienhar*, 1, 1, 57 y sig.

(2) S. Agustín, *Append.*, s. 3, 1.

(3) Walter, *Corpus Juris German.*, I, 1, 2.

CONFERENCIA XIV

EL REINO DE DIOS ESTÁ EN NOSOTROS

1. ¿Cuál es el más importante de los cuatro deberes del hombre?—Hemos considerado hasta ahora tres de las esferas de actividad asignadas por Dios al hombre: la familia, la sociedad y el Estado. Si no queremos ponernos en contradicción con la historia, y deseamos dar testimonio de la verdad, estamos obligados á confesar que en ninguna de ellas ha cosechado el hombre abundancia de ricos laureles. Sin embargo, las empresas que ellas le ofrecían para su ejecución eran puramente naturales. Ninguna de ellas sobrepujaba las fuerzas de su inteligencia, ni las de su actividad personal. No obstante, nunca, ni en ninguna parte, llegó á encontrar el hombre la solución completa á ninguna de esas cuestiones. Por dondequiera que seguimos al hombre, hallamos la confirmación de esta verdad; tal cual es hoy, no está en estado de cumplir sus obligaciones puramente naturales, ni de alcanzar el destino conforme á su naturaleza, si no viene en su auxilio una fuerza de orden más elevado, una fuerza sobrenatural. Sólo cuando ha tomado enteramente y sin reservas esta dirección, lo que por desgracia ha dejado de hacer la mayor parte de las veces, le vemos llegar á la vez al fin natural y al fin sobrenatural, y esto de una manera tanto más perfecta, cuanto que mejor se ha sometido al orden sobrenatural.

Mas no forman todo el conjunto de sus deberes los tres campos que acabamos de asignar á su actividad. Nos queda el cuarto, el más importante de todos. Aun cuando se

llenasen todos los compromisos y se cumplieran todos los deberes con la mayor exactitud, nada se conseguiría, si en este último campo apareciesen diferencias. Y aunque no se haya tenido ni posibilidad ni capacidad para ejercer la actividad en los tres dominios, no se habrá vivido en vano, si se han concentrado en él todos los esfuerzos. Este cuarto dominio al cual es llamado el hombre, y que es el primero entre todos por su importancia, es la vida interior. «¿Quien para sí mismo es malo, para qué otro será bueno y no se gozará en sus bienes?»⁽¹⁾

De ahí proviene la esterilidad de la actividad humana. Todos hacemos con gusto lo que menos importancia tiene; pero no ponemos atención alguna á la fuente de donde debe provenir toda nuestra actividad. Queremos saberlo todo y hablar de todo; por todas partes buscamos lo estable, lo duradero, y, sin embargo, somos extraños donde debemos estar como en nuestra casa. ¿Puede hallarse anomalía más grande y más deshonrosa ignorancia? ¿Y nos extrañamos de ser llevados de aquí para allá por las miserias de la vida como barquilla sin timón! ¿Nos maravillamos de que nos consuma, y nos deje agotados y vacíos, el trabajo exterior! Pero ¿puede ser de otro modo, si empleamos toda nuestra actividad en cosas exteriores sin tener suelo firme debajo de nuestros pies, sin poseer grandes energías y sin contar con un fuerte punto de apoyo? ¿Cómo podemos entrar en relaciones con hombres extraños, mezclarnos en cosas que no son de nuestra incumbencia, sin conocer inmediatamente que vacilamos, si no hemos comenzado por aprender á tenernos firmes, si dentro de nosotros no encontramos poderoso apoyo?⁽²⁾ ¿Puede ser de otro modo, si en lugar de enseñorearnos de los acontecimientos, son los acontecimientos los que se enseñorean de nosotros; si en lugar de dominar nuestros propios asuntos, los dejamos crecer y multiplicarse hasta envolvernos? ¿Podemos evitar que nos lleve tras si la agitación del mundo antes

(1) Eclesiástico, XIV, 5.

(2) Eclesiástico, XIV, 5.

que tengamos tiempo para pensar en hacerle cara, y, más aún, en obrar sobre él para mejorarlo?

2. ¿Por qué apenas pensaron en esto los paganos? ¿Por qué les fué desconocido el pensamiento de la pureza interior del corazón?—Parécenos que esta verdad, tan íntimamente nos atañe, que no hay nadie que pueda ignorarla; pero es también prueba muy poderosa que demuestra que, de tal manera se ha hecho infiel el hombre á su naturaleza, que se le ofrecen como las más extrañas de todas las verdades más sencillas y más naturales. Quizás no hay idea más inaccesible al hombre que ésta. Casi podría decirse que el hombre ¡tan desgraciado es en la actualidad! es incapaz de adquirirla con su propia inteligencia. ¡Feliz á lo menos, si, con serias y repetidas exhortaciones, consigue llegar hasta ella!

Si echamos una ojeada á todo el mundo antiguo anterior á Jesucristo, podemos decir sin temor de ser injustos, que no hubo noción bien clara de la existencia de ese dominio en explotación, que se llama el hombre interior. Si no fuera porque en alguna que otra parte hallamos algunos testimonios aislados, podríamos afirmar en absoluto, que ni aun vago presentimiento tuvo la antigüedad de la obligación que incumbe al hombre de trabajar interiormente, en sí mismo. La vida entera se desarrollaba exteriormente. El ejército, los tribunales, la plaza pública, tales eran los círculos de actividad de los antiguos. No existía la sociedad, porque no había igualdad, ni había tampoco amor al prójimo. Huía de casa, mientras podía pasarse sin su abrigo. Con vida tal ¿qué podía hacer en su propio interior? Sería ilusión extraña esperar que se ocupase seriamente en sí mismo el hombre que no está bien hallado dentro de los pacíficos muros de su hogar, que revolotea de distracción en distracción, sólo con el fin de olvidarse de sí mismo, de ahogar la voz de su mal con el ruido, con los placeres y entre las habladurías de la gente ociosa. Tal es el hombre, tal la antigüedad entera. Siempre fuera de sí, jamás dentro de sí misma, siempre lejos de ella, forma-

ban su condición ruidosas manifestaciones exteriores y mezquinas estrecheces interiores. Los antiguos llamaban virtudes á las acciones ilusorias y relumbrantes que despedían brillo facinador y que eran capaces de granjearles gloria.

Ni pensaron siquiera en la pureza interior del corazón y en la santidad de los afectos, hasta que reconocimos nosotros su verdadera virtud. Sin hacer mención ni de los pensamientos, ni de los deseos, pasaban á los ojos de la antigüedad como las cosas más simples y más naturales las más inmorales acciones, con tal que no perjudicasen á los intereses de otros; de suerte que sus más nobles representantes, un Sócrates, un Aristóteles y un Pericles, no tenían vergüenza de ofender públicamente á la moral como los más vulgares de sus conciudadanos. Una obra compuesta en defensa de Sócrates nos revela, sin temer perjudicarle en la admiración general de que era objeto, y con la más grande ingenuidad, que el gran hombre se degradó hasta dar lecciones en materias que ni nombrar podemos. Los más implacables adversarios de estos hombres, los que les achacaban casi como un crimen la más pequeña debilidad, consideran estas faltas como las cosas más naturales y se dispensan de mencionarlás.

Fácil es comprender que en tales circunstancias era imposible la idea de todo sentimiento casto, de la verdadera inocencia del corazón y de la piedad interior.

¿Cómo no llegaron á ellos tales pensamientos? No lo sé, ni puedo decir si debe atribuirse á sus religiones, ó á su manera de observarlas. En los sistemas religiosos de la mayor parte de los pueblos antiguos, en el culto de la Onfale lidia, de la Anaítis persa; en el de los babilonios, de los asirios y de los fenicios; en los cultos griego y romano de Afrodita, de Yuno y de Isis; en los misterios, lo mismo que en las procesiones, en los mitos, lo mismo que en las imágenes de los dioses que tenían constantemente á la vista en sus casas, y que se encontraban en todas las esquinas ó encrucijadas, no sólo no había nada, como dice San

Agustín, de que pudiera nacer el entusiasmo por la pureza del corazón, sino que estaba todo preparado en obsequio del vicio, para destruir la resistencia del alma más noble y más dotada de fortaleza. Es necesario ponerse un momento ante la influencia desmoralizadora de aquellas vergonzosas divinidades, para comprender que no sólo no podía nacer entre ellas la verdadera moralidad, sino que por necesidad inevitable debían ellas engendrar la inmoralidad. ⁽¹⁾

La tendencia á querer justificar hoy esa fase de la antigüedad, ⁽²⁾ es uno de los más imperdonables crímenes del Humanismo moderno. Sí, «pone éste la Religión pagana por encima de la Religión cristiana, porque le ofrece aquella los más nobles modelos de la humanidad más pura y más rica en goces». ⁽³⁾ Ó lo que es lo mismo, los modelos de disolución. Pero aun en esto son peores los modernos que los antiguos. Involuntariamente se piensa aquí en el proverbio: «Los espectadores son con frecuencia más deshonestos que la bailarina». Confiesan abiertamente los antiguos que aquellas leyendas y las imágenes de sus divinidades ejercieron la más corruptora influencia en las costumbres, hablando así, no sólo Platón, ⁽⁴⁾ Eurípides ⁽⁵⁾ y Sócrates, ⁽⁶⁾ sino hasta el mismo Antístenes. ⁽⁷⁾ Propercio lo es todo, menos serio y púdico, y, sin embargo, no teme decir con desprecio: «Parece que no tiene más que hacer ese Júpiter que deshonorarse así y deshonorar su casa». ⁽⁸⁾

No es difícil comprender la influencia que tendría todo aquello en las costumbres. Mientras lucha Deyaniro contra la tentación, en Sófocles el mal genio le dice al oído:

(1) S. Agustín, *Civ. Dei.*, 2, 3-9. S. J. Crisóstomo, *In. ps.*, 103, n. 4. Champagny, *Los Césares*, (5) 1876; III, 296-506. Limbourg-Brower, *Hist. de la Civil.*, VI, 7 y sig.; 274 y sig. Etat, II, 548 y sig.

(2) Friedländer, *Sittengeschichte Roms*, (1) III, 544 y sig.

(3) Jacobs, *Akademische Reden*, I, XXXIII y sig., 47 y sig., 93 y sig.

(4) Platón, *Rep.*, l. 3. p. 392, d. e.

(5) Eurípides, *Troad.*, 976 y sig., 988 y sig.

(6) Isócrates, *Busir.*, 38 y sig., 41 y sig.

(7) Antisthen., *Fragm.*, 35.—Mullach., *Fragm. phil.*, II, 280.

(8) Propercio, 3, 11, 28.

«Y si no resisten al placer los dioses, ¿por qué ha de resistir una criatura tan débil como tú?»⁽¹⁾ Con demasiada frecuencia, por desgracia, se ríe y se burla el mundo de los bajos sentimientos, como aquel desgraciado, diciendo: «Yo que no soy más que un pobre hombre, ¿por qué no he de hacer esto?»⁽²⁾ ¿Cómo podía subsistir ni un solo sentimiento de virtud, cuando se enseñaba á los hombres, que sólo con tales acciones se podía mitigar la cólera y merecer los favores de los dioses? «Y aun eran mejores que la vida de los dioses las doctrinas de los filósofos y la vida de gran número de paganos».⁽³⁾ Pero ¿de qué servían ni los preceptos de Platón ni los castigos de Catón para los más fervorosos adoradores de Júpiter, cuando, según la expresión de Perseo, «el envenenador ejemplo de éste penetraba hasta lo más profundo del corazón?»

De ahí, según la excelente observación de Nægelsbach, el reclamo público y los honores tributados al vicio en la antigüedad. Hoy se oculta el vicio ó afecta aires de virtud; más allí donde se suponía á los dioses tan degradados como lo estaban entonces, hubo que tirar de la capa que cubría el engaño, la mentira, el robo, y algunas cosas más odiosas aún, para poner al sol del mediodía aquellos vicios.⁽⁴⁾ Ahora bien, en semejante religión, difícil es creer que se encontrase ni uno solo que pensase en su perfección interior. Verdad es que exigía á sus adeptos que se acercasen á los dioses por el sacrificio; pero á pesar de los grandes esfuerzos de más de un defensor de la antigüedad, difícil es encontrar, fuera de Cicerón,⁽⁵⁾ muchos entre los antiguos que lo hayan relacionado con la pureza interior. Todos lo consideraban con espíritu puramente farisaico, con aquel espíritu que ponía la pureza en la limpieza de las manos y en la decencia del vestido. ¿Y qué más? Así lo

(1) Sófocles, *Trachin.*, 444.

(2) Terencio, *Eur.*, 3, 5, 43: *Ego homuncio hoc non facerem?*

(3) S. Agustín, *Ep.*, 91, 4.

(4) Nægelsbach, *Homer. Theologia* (1), 201 y sig., 207 y sig.

(5) Cicerón, *Leg.*, 2, 10.

han comprendido los conocedores de la época clásica cuando no se han dejado llevar de los prejuicios.⁽¹⁾

3. Su religión era completamente exterior. Irremediable decadencia de su moralidad.—No hay que extrañarse si toda la religiosidad de los antiguos se reduce á manifestaciones exteriores puramente vanas. La pereza moral, la negligencia en la educación religiosa, las debilidades que en todos los tiempos han seguido de cerca á la fragilidad humana, pueden sin duda desfigurar también las prácticas más elevadas y las prescripciones de la Religión más espiritual, pero no es lo mismo; una cosa es que hechos semejantes los realicen los individuos en contra del espíritu de la Religión, y otra que la Religión misma dé origen á esos hechos. Hasta entre los judíos, entre las amenazas de los profetas y los suspiros de todas las gentes sensatas, hubo hipócritas y falsos devotos, que obraron del mismo modo colocándose en rebelión abierta con el espíritu del culto debido á su Dios. Era la falta de algunos; pero su Religión tenía suficientes energías interiores para remediar aquellas manifestaciones exteriores cuando se volvían á ella, en lugar de someterla á sus perversos principios.

No sucedía lo mismo en la antigüedad; los más sabios y los más piadosos de entre los paganos eran los que rendían homenaje á esas manifestaciones exteriores de la religión, y apenas si incurrían en las censuras y diatribas de impíos é irreflexivos burlones. Más aun, los consideraba como sus maestros más queridos el Paganismo, porque veía en ellos la verdadera y necesaria expresión que condensaba el carácter moral de su culto hacia sus dioses. Y desde su punto de vista, tenía razón; porque en lugar de obligar al hombre á volver á entrar en sí mismo, debía, por su misma naturaleza, llevar necesariamente á las cosas exteriores á quien hubiera tenido voluntad de aspirar á la vida interior.

(1) Doellinger, *Heidenth. und Judenth.*, 533 y sig. Schœmann, *Griech. Alterth.*, II, 314, 199. Hartung, *Religion der Römer*, I, 181 y sig.

À pesar de todo este embellecimiento de la forma exterior, era interiormente grosero el Paganismo. Ni aun los más ilustrados de sus secuaces pudieron tener idea de la transformación del corazón. ⁽¹⁾ Todos los esfuerzos hechos para explicar las costumbres religiosas del Paganismo en sentido espiritual nos revelan que las han pedido prestadas al Cristianismo, pues á él le fueron completamente extraños.

Primeramente, el objeto de la oración, descontando algunas excepciones aisladas, era algo puramente exterior. No nos dejan duda alguna en esto los antiguos. «En sus oraciones, dicen, apenas si se ocupan en otra cosa que en el dinero, en la victoria, en la salud, en la vida larga, ó bien en la muerte del prójimo, de algún tío rico, en la falsificación de un testamento, en la ejecución de un complot criminal». ⁽²⁾ Era tal la oración cual la vemos todavía hoy en el Islamismo ó en el Budismo; esto es, una sarta de ceremonias exteriores con algunas fórmulas determinadas. El empleo de aquellas ceremonias debía ser minucioso hasta la escrupulosidad, si se quería que produjera efecto. Los mismos que tratan de elevar la antigüedad al más alto grado posible, confiesan que no eran verdadera oración que saliera del corazón. ⁽³⁾ Para el Paganismo, no era inmoral, sino al contrario, acto profundamente religioso, el de los comerciantes de la antigua Roma, que creían poder expiar todos sus juramentos falsos y todas sus trapacerías, rociando sus mercancías con agua tomada de la fuente de Mercurio, cerca de la puerta Capena. ⁽⁴⁾

Según nuestras ideas, tal cual las ha transformado el Cristianismo, es tan tonto como hipócrita creer que uno puede redimirse de un asesinato ó de un crimen por medio del baño; pero según las que estaban generalmente

(1) Uhlhorn, *Kampf des Christenthums mit dem Heidenthum*, 97.
 (2) Döllinger, *Heidenthum u. Judenthum*, 200, 526 y sig., 635 y sig.
 (3) Lasaulx, *Studien des classischen Alterthums*, 139.
 (4) Ovidio, *Fast.*, 5, 673 y sig.

admitidas entre los paganos, jamás hubo ni intención de censurar tal hecho. ⁽¹⁾

Los más escrupulosos de todos los pueblos antiguos en la apreciación de la exterioridad de las ceremonias religiosas, eran los romanos, los cuales con frecuencia llevaban el escrúpulo hasta la exageración. ⁽²⁾ No era buena para el sacrificio una ternera, sino cuando la cola alcanzaba á la articulación de la rodilla; la oveja no debía tener ninguna oreja negra, y el buey debía ser blanco enteramente, sin mancha alguna. Hasta cierto punto, puede hallarse sentido á estas prescripciones; pero, ¿y cuando por desgracia tenía un animal una mancha negra y se blanqueaba con tiza? La comida de las gallinas y el vuelo de los pájaros hacían gran papel en la historia romana como presagios fatídicos, dando con frecuencia señales de tal debilidad los más grandes capitanes y los más notables hombres de Estado, ⁽³⁾ bien que no fueran obstáculo á los designios que se habían propuesto. Si así hubiera sido, nada tendríamos que objetar; pero se continuaba el experimento hasta obtener una señal favorable. Viendo César el día de su muerte que eran contrarios los augurios, hizo degollar centenares de animales unos en pos de otros. En casos semejantes, no se trataba ya de obtener un presagio favorable, sino de obtenerlo á la fuerza. ⁽⁴⁾

¿Y para qué hablar de los romanos, cuando no sabían más, ni obraban mejor los griegos tan ilustrados y tan liberales? Los sacrificios que se ofrecían á Júpiter en Olimpia, debían ofrecerse con álamo blanco; y era irremplazable el enebro en los de Afrodita en Sicione. No hay que decir que era señal de buen agüero cuando el animal iba sin resistencia al sacrificio, y cuando, moviendo la cabeza, parecía dar señales de asentimiento. Pero los griegos, prudentes y listos, habían imaginado un medio para obtener

(1) Ovidio, *id.*, 2, 45.
 (2) Schwenk, *Mythologie*, II, 377-449, 464-473.
 (3) Niphi, *De augur.*, (Grævius, *Thesaur.*, V, 324 y sig.). Bulenger, *De sortibus*. (*Ibid.*, V, 361 y sig.).
 (4) Döllinger, *Heidenthum*, 532 y sig.